

## LA NECESARIA COMUNICACIÓN: EDUCACIÓN POLÍTICA

Ante el trágico espectáculo que todos los días ofrece la vida de nuestro país, la preocupación de quienes ejercen el poder es cuidar de la «no desestabilización» del régimen, aunque más exacto sería decir de su obstinada voluntad de permanecer a toda costa en el disfrute del poder; y frente a la grave situación que en el orden político y económico existe, siguen entregados a pequeños juegos y maniobras de grupos y partidos, en un mundo irreal por ellos creado –lo que desgraciadamente tampoco es nuevo- alejados de las realidades y pesadumbres del pueblo. Sin pensar que la estabilidad del sistema sólo podrá lograrse a través de una acción política competente y seria, con capacidad y con serena valentía para resolver los problemas y dominar las dificultades.

España merece ser gobernada con la atención puesta en sus problemas fundamentales: autonomías, crisis económica, el paro y la inseguridad ciudadana. La democracia no resiste ni dos millones de parados, ni el desorden económico y el consiguiente empobrecimiento, ni crímenes diarios en la mayor impunidad.

Escritores inteligentes del campo democrático tienen que rendirse ante los hechos, y con razón entienden que los hombres verdaderamente interesados en la viabilidad y en la estabilidad del sistema, al denunciar y criticar sus errores o falsificaciones, en lugar de ponerlo en peligro trabajarán por el advenimiento de su autenticidad.

La razón de la indigente y confusa situación en que hoy se encuentra España está en que ha faltado una infraestructura cultural y de educación política. No analicemos ahora de quién sea la culpa y pensemos que pueda ser de todos.

La democracia es esencialmente el respeto a los demás, que ha de empezar por el respeto del Estado y del ciudadano a sí mismos.

El gran maestro en Filosofía del Derecho, el fundador de la Escuela de Viena, o del Derecho puro, **Hans Kelsen**, ha dicho que la democracia es la única expresión natural y adecuada de las bases del poder y por eso será también la forma de expresión política a que siempre volverá el orden social, frente a las intentonas pasajeraamente triunfantes en pro de la dictadura.



En el plano de la teoría, o de la aspiración ideal para el Gobierno de la comunidad, éste es un principio de general aceptación.

(Más de una vez hemos recordado que José Antonio Primo de Rivera, en horas de lucha contra la crisis de la democracia parlamentaria, afirmaba, sin embargo, que la aspiración a una vida democrática libre y apacible será siempre el punto de mira de la ciencia política por encima de todo.)

Ahora bien, si desde el plano de las ideas descendemos al de las realidades, al de las realizaciones concretas, se comprueba que éstas no son posibles sin la existencia en

el pueblo de un verdadero espíritu democrático, pues si éste falta, sobra todo lo demás. El camino para alcanzarlo es largo, y han de recorrerlo hombres inteligentes, honrados, responsables, serios; y será deber de todos asistir y alentar a los que lo sean, así como denunciar a los que no lo son.

Quien desee que España entre en un período de consolidación -escribía **Ortega y Gasset**-, quien en serio ambicione la victoria, deberá contar con los demás, aunar fuerzas y, como Renán decía, excluir toda exclusión.



Para conducir la acción de gobierno el genio no es indispensable; incluso con frecuencia ofrece el inconveniente en política de no plegarse a la realidad; pero sí se necesita un bagaje cultural, una formación intelectual y una capacidad de exposición para comunicar con el país, para hacerle llegar sus ideas, sus sentimientos y sus emociones. No se trata de que el hombre de gobierno sea en la oratoria émulo de Demóstenes, de Cicerón o de Castelar, ni de resucitar vana palabrería; pero es contrario a la esencia misma de esa necesaria comunicación que se limite a la lectura de textos escritos por otros. Con brillantez o con severidad -la precisión y el sistema son características de las formas de oratoria moderna, lejos del lirismo de la antigua- ha de exponer sus propias ideas, el producto de sus reflexiones y no es aceptable que sea un mero lector de informes y proyectos que otros le suministran y cuya identidad desconocen los electores y los gobernados, que no han depositado su confianza en redactores ocultos movidos algunas veces por sus sentimientos e intereses particulares.

En el mismo plano de la presentación pública del gobernante está la exigencia de una probada capacidad dialéctica que permita sostener airoosamente, eficazmente, la esgrima de la réplica y la contrarréplica, en lugar de actuar con notas prefabricadas que conducen la polémica por el inefable método Ollendorff.

El don de la palabra es sin duda una cualidad importante en el hombre de gobierno, pero lo es mucho más la seriedad una probidad intachable y sus condiciones morales de sinceridad en el cumplimiento de sus deberes.

*(La Vanguardia, 7 noviembre 1980.)*